

miel entera. / Estallan tus espumas en mi roca, / me rindes tu rocío, persevera / tu resaca en mi arena, el mar invoca, / tañe tu viola tierna en la ribera. / — Enarca mi avidez tu ola rompiente, / retumba su derrumbe exasperado / por el cielo, el de ayer, igual y ausente. / — Tú en el cielo de ayer, tú en el poniente / sol me inflammas: tu fuego derramado / en la playa, suntuoso, permanente”.

“En una evolución libre, normal”, el poeta fue orientándose hacia Dios: “no hay poesía grande sin religiosidad”, declara categóricamente Vergara Huneus. El, después de mucho penar, descubrió a Dios: “Me llego a Ti, confluyes en mí mismo, / en todo te consigo, / me devienes. / ¡Qué abrazo musical, inmensurable, / del universo tuyo y mi ser breve!”. (Pág. 89).

Pide, el poeta, la muerte en manos de Dios: “se marchita en mi mano tosca, impura / dame, Señor, mi muerte y a tu lado / para vivir al fin vida segura”. “Vida Segura”. (Pág. 91). En este soneto, cuya última estrofa se transcribe, como en “Tu imagen”, hay una desesperada petición al Creador delatadora de la tragedia íntima del lírico que no logra aquietar su profunda fe religiosa: “Si me hiciste tu imagen, semejanza, / espejo en que mirabas tu belleza; / si ahora no soy más que esta tristeza / de arcángel que perdió toda esperanza; / — si me dejas así, sin tu privanza, / en mi barro cansado, en mi pobreza / inútil; si me niegas tu promesa / de cobijarme en ti, en tu venturanza; / si me hiciste tu espejo sin olvido; / si me esquivas tu imagen, agraviado; / si estoy, por semejarte, tan herido, / — ¡renuévame el azogue desvaído, / mírate en mí de nuevo reflejado, / o tórname a la arcilla, inexistido!”. (Pág. 97).

En estos versos hay remembranzas del estilo poético de los místicos españoles: San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús.

Termino, convencido de que no soy el crítico de poesía anhelado por Javier Vergara Huneus en “Vocabulario Incierto”: “Suele darse, muy de siglo en siglo, un ser extraño, resonador de muchísimos y diferentes sonidos, de monstruosa sensibilidad, degustador estético por excelencia, poeta de toda poesía: el crítico”.

“El crítico de poesía sólo puede lograr su cometido cabalmente recreando poéticamente, valiéndose de las mismas intuiciones que advierte en el poema o de otras afines que, por simpatía personal, surgen de sí propio”.

“Este quehacer reclama un sentido de apreciación, una facultad de síntesis intuitiva, una capacidad expresiva tales, que sólo pueden coincidir en el poeta”.

Aún sin valerme ni de intuiciones afines, la lectura de los poemas de Javier Vergara Huneus deja en nuestro espíritu la amable sensación de que es un lírico inmensurable, cuyo verso nos transporta al *Tiempo sin tiempo* del clasicismo.

<https://doi.org/10.29393/At410-136STFA10136>

*Los sueños terrestres*, de F. GONZÁLEZ-URÍZAR. Nascimento. 1964

El poeta ya no anda por las nubes, ha bajado a los sueños terrestres; sin embargo, no ha descendido; al contrario, sus versos son hoy más puros, más eleva-

dos; en *Las nubes y los años* le reparamos algunos demasiado prosaicos. En *Los sueños terrestres*, González-Urizar ha llegado a la máxima expresión de la poesía íntima y a un alto grado de espiritualidad; tendencia que se observa en casi todos los poetas contemporáneos.

En 1961, el corazón de González-Urizar "brincaba como un gato / por entre nubes", en las cuales envolvía las cosas de la naturaleza y de la vida; ahora —como dice Hernán del Solar, prologuista de *Sueños terrestres*—, el autor "organiza un vocabulario para cazar sus sueños de cómo vive el mundo su realidad".

La poesía de *Sueños terrestres* no es intrincada, fluye clara, diáfana y simple de aquella misteriosa ensoñación con la cual idealiza la vida humana: "Crece un viento de ausencia feroz entre mi pecho, / la tierra me reclama los besos y los huesos, / el corazón fulgura su gema pasionaria". (Pág. 30).

Es indudable que existe en la poemática de González-Urizar una lejana influencia nerudiana, lo cual no significa que el autor de *Sueños terrestres* carezca de una personalidad propia inconfundible. En las letras, cual más, cual menos, todos reproducimos en formas nuevas y originales, cosas ya conocidas. Dios, el Artífice Supremo, es el único que no ha imitado a nadie.

A pesar de que el estro de nuestro poeta aparece enriquecido en este nuevo libro, evoco, añoro aquellos poemas elegíacos, dedicados a su madre, a la cual también hace referencia en *Sueños terrestres*, en el poema "Llueve", que eran lo mejor de *Las nubes y los años* y serán siempre los más bellos cantos de Fernando González-Urizar.

*La casa del hombre*, de EDMUNDO HERRERA. Soc. Escritores de Chile. 1964

En la promoción de poetas de la segunda mitad de este siglo xx, Edmundo Herrera ha conquistado un sitio espectacular, por su originalidad y casi candorosa sencillez.

Doy testimonio de la vocación poética de Herrera; a los quince años versificaba con prontitud y novedad, y, sin jactarme de profeta o visionario, más de alguna vez le auguré los triunfos que ahora cosecha.

En *La casa del hombre*, poetiza, con gracia y emoción, las cosas y los objetos más triviales y comunes. Una puerta, el brasero, el pan, las naranjas, las palomas, los pájaros, el mantel, las llaves, la sal; en fin, todas aquellas cosas que están más al alcance del hombre, en casa de una familia de modestos recursos, inspiran a Herrera, poemas muy simples, saturados de recuerdos en los cuales hay ausencia de esa congénita musicalidad del verso, sin que esto lo desvalorice.

En el "Brasero", uno de los más logrados poemas de este libro, el autor traza un cuadro intenso, fuerte, de una noche invernal en la intimidad de los hogares pobres: "Nuestra casa / es un pequeño almacén / de intimidades en invierno. Junto al brasero / nos contamos las cosas / que pasan en verano. Algunas viejas leyendas, / episodios; recordamos los parientes olvidados, / las